

LA EMOCIÓN COMO AGENTE INDÓMITO Y RECTOR DE LOS SERES HUMANOS.

LA PRESENCIA DE EROS EN LA PSIQUE

Arcened Monsalve Ardila¹

David Vásquez Sánchez²

Manuel Alejandro Vélez Trujillo³

Resumen

La pretensión del ser humano por desnaturalizar su existencia ha generado el devenir de un mundo oprobioso digno de lástima. Dicha desnaturalización se da principalmente debido al desconocimiento de las emociones que invaden al ser humano al margen de su conciencia. El monoteísmo impuesto por el hombre sobre el alma, hace inminente la transformación de la psique a través de su retorno a Grecia. Este texto es la primera parte de un trabajo reflexivo sobre la vida anímica en el hombre.

Palabras clave: Emoción, alma, dioses, instinto, conciencia, Pan, Eros, andrógino, mito, naturaleza, psique, sueño, politeísmo, inconsciente, Hermes.

Abstract

The claim by distorting human existence generated the evolution of a world worthy of pity shameful. This distortion is mainly due to ignorance of the emotions that invade the human being regardless of their conscience. Monotheism imposed by man upon the soul, becomes imminent transformation of the psyche through their return to Greece. This text is the first part of a thoughtful work on the mental life in man. The claim by distorting human existence generated the evolution of a world worthy of pity shameful. This distortion is mainly due to ignorance of the emotions that invade the human being regardless of their conscience.

¹ Estudiante de Psicología de la Universidad de Antioquia. Miembro del semillero de investigación *Psyconex* de la Universidad de Antioquia.

² Estudiante de Psicología de la Universidad de Antioquia.

³ Estudiante de Psicología de la Universidad de Antioquia.

Monotheism imposed by man upon the soul, becomes imminent transformation of the psyche through their return to Greece. This text is the first part of a thoughtful work on the mental life in man.

Key words

Emotion, soul, gods, instinct, conscience, Pan, Eros, androgynous, myth, nature, psyche, dream, polytheism, unconscious, Hermes.

Introducción

Para empezar, se hace necesario incursionar en el ámbito de la emoción, pues es allí donde reposa aquello que dinamiza el mundo psíquico natural. La palabra emoción, en sentido etimológico, proviene del concepto griego *pathos*, que se refiere, en sentido amplio, a las emociones que experimenta el ser humano sin su control o voluntad; claramente aparecen y tienen la fuerza de convertir al ego en un *simple vasallo* que está *subyugado* a permitir el discurrir que cada emoción emergente suscite. De otro lado, la palabra emoción figura en la lengua española a partir del siglo XVII, proveniente del francés *émouvoir*, que significaba 'emocionarse' o 'conmoverse'; sin embargo, su uso sólo se estableció en el siglo XIX. El verbo francés, por su parte, provenía del latín *emovere* —formado por *ex* 'hacia fuera' y *movere*—, que significaba 'remover', 'sacar de un lugar', 'retirar', pero también 'sacudir', como acontece con el estado de ánimo.

López Pedraza (2008) recurre al texto de Aristóteles: *-La retórica-* para retomar las emociones, no como las había pensado Aristóteles desde el arte de persuadir, sino para trasladarlas con su importancia a la psicoterapia.

Las emociones comprendidas como *pathos* no se refieren a una enfermedad o patología —aunque paradójicamente se comprende *el pathos* como patología en la medicina, en la psiquiatría y en la psicología actual—. El *pathos* fundamentalmente remite a un acontecer fuerte para el ego de la persona en cuestión, es un sentirse dominado, manipulado, *zarandeado* por una energía instintiva que, lógicamente, aparece sin la intención del ego. Es un padecer neutro, puesto que no implica cargas positivas ni negativas

de manera necesaria; lo que sí es fundamental para que una experiencia sea considerada emoción, es su emergencia instintiva o automática, y que se presente con una fuerza inquebrantable capaz de dirigir a su antojo el comportamiento del ser en el cual aparece. (López-Pedraza, 2008).

Las Emociones

El término *pathos*, al ser traducido al latín como *pasión*, remite a algunos comportamientos donde las personas tienden a dirigir su energía con una fuerza vehemente; sin embargo, la amplia consideración que supone el término *pathos* sobrepasa aquello que la *pasión* denota. El *pathos* comprende el ámbito de las emociones fundamentales que acompañan al ser humano, considerado éste de la forma más amplia; la *pasión* hace parte del terreno de las emociones, su actuar es de sobremanera amplio, pero se encuentra determinado por la emergencia del *pathos* y, en ocasiones, puede empobrecer enormemente su manifestación en los seres humanos, cuando, por ejemplo, toda la energía está dirigida a una sola actividad o a un solo objeto. Con esto no se está pretendiendo afirmar que la pasión sea mínima o limitada, por el contrario, es tan amplia como el ámbito de las emociones, sino que su manifestación se puede dirigir con enorme potencia a algo determinado.

La emoción está ligada intrínsecamente al sustrato fisiológico. Las emociones, en este sentido, actúan como instintos, y, como ya se ha reconocido antes, obran de manera automática e inmediata. Jung (2009) advierte que la emoción tiene tres características. En primer lugar, la manifestación emocional se acompaña invariablemente de alguna inervación fisiológica; en segundo lugar, las emociones responden, además, al terreno irracional, totalmente incontrolable por la razón (tanto para la función psicológica intelectual o sentimental) y, por último, las emociones poseen la capacidad de vincular a las personas entre sí, es decir, son contagiosas.

Con la anterior unión entre emoción e instinto, se hace necesario remarcar que las emociones son profundamente fisiológicas y que, por el hecho de ser un instinto, han

acompañado al ser humano en el devenir de toda su residencia en la tierra. Por ello, las emociones conviven con los arquetipos en lo inconsciente colectivo. La pertenencia de la emoción a la totalidad de la especie humana es un camino diseñado por la naturaleza, así como los sueños (Jung, 1999), para acceder al fundamento, al sustento de lo humano, es decir, al universo del alma humana: la psique. Como el sustento o fundamento de la emoción se halla en lo inconsciente colectivo, y por ende en el ámbito de Hermes o del simbolismo, el aparecer de la emoción en cada ser humano puede ser interpretado de manera particular por cada uno de ellos. Aunque toda aparición de la emoción presenta cierta inervación fisiológica, el simbolismo del alma favorece que la comprensión de las emociones pueda estar ligada a los mitos, a los cuentos y a las infinitas manifestaciones que del inconsciente emergen en las distintas imágenes arquetípicas. Por ello, los dioses son contemplados como entidades que representan, revivifican y dinamizan las emociones.

Incluso, en la psicoterapia las emociones son vivenciadas como dioses, en los cuales se aviva una emoción urgida de ser comprendida. Uno de los dioses fundamentales que posibilita el trabajo terapéutico es *Eros*. La manifestación del dios del amor en el ámbito psicoterapéutico obra como fuerza unificadora de los opuestos que están en juego dentro del ser humano.

Cabe aclarar, antes de proseguir con la experiencia de *Eros*, que el dios del amor es el unificador, el que vincula, el que atrae a los seres menudos que habitan en el ámbito de lo psíquico. La multitud de éstos, dinamiza, recrea y crea la diversidad de mundos que ofrece lo psíquico. En el mundo mítico de antaño no había otra forma que pensar la naturaleza como parte de lo psíquico, no obstante, con el devenir de la historia, se ha concentrado la diversidad de lo mítico en la naturaleza dentro de la psique humana; los dioses, que fungían como seres determinantes de cualquier conducta humana y que la encaminaban desde *fuera*, han pasado a vivir *en* la psique humana sin perder su omnipotente fuerza. Se han hecho *factores*. La época crucial de la historia en la cual los dioses murieron en la naturaleza perceptible y pasaron a cohabitar en el mundo psíquico *interior* del ser humano, fue el Renacimiento. Con esta interiorización de los dioses, y con el poder adquirido por el

ego, poder que lo convierte en el centro dominante de los distintos dioses, la vivencia se hace monoteísta, sólo nos es posible orientar el alma en aras de un solo dios. Sin embargo, Hillman (1999) plantea que la psique, por más que el ego se pretenda dominador del territorio psíquico, está habitada por seres menudos que tienen la energía suficiente para doblegar al ego y hacerle notar que el poder no está en sus manos. De éstos, hacen parte las emociones.

Origen y ámbito de Eros

En el diálogo que se establece en *El banquete* de Platón (2008) —un encuentro de máscaras utilizadas con distintos nombres, donde cada nombre da cuenta de una posición distinta del amor—, cada personaje (máscara) es una posibilidad de agotar, cuestionar, albergar, comprender, potenciar una construcción de lo que es el amor y cómo *Eros* es su forjador. El primero en hablar es Fedro, quien advierte la importancia del nacimiento de Eros, ya que nace a la par del cosmos. En este sentido, Eros es representado como una fuerza del universo cósmico.

En primer lugar existió realmente el Caos. Luego Gea, de ancho pecho (...) y Eros, el más bello entre los dioses inmortales, desatador de miembros, que en los pechos de todos los dioses y de todos los hombres su mente y prudente decisión somete. (Hesíodo, 2007, p. 35).

Estando Eros al principio del Cosmos, que es iniciado por el Caos, el dios del amor se expresa con la reunión, la vinculación de los opuestos. Es creativo y altamente comunicativo entre las distintas divinidades, y al ser vinculante reúne tanto a las divinidades como a los humanos “(...) Eros es realmente un dios grande y maravilloso cuyo poder se extiende tanto en el orden de lo humano como de lo divino” (Reale, 2004, p.96).

Incluso, Eros es el dios del que emergen innumerables situaciones en beneficio de los humanos. El amor como guía orientadora del alma y como fuerza que genera atracción entre las almas, está por encima de cualquier otra forma de vínculo. Eros, en la unión entre las almas, funge como búsqueda de lo bueno, de lo bello; y es por esto que el amado y el

amante sienten una mayor vibración entre ellos. El Eros que habita entre los seres humanos es tan poderoso que suscita que el amante descienda, si es necesario, al Hades a rescatar al amado. Y si el amante está dispuesto a morir por el amor vivido, será recompensado por los dioses que le permitirán volver del inframundo. Lo que le aconteció tanto a Alcestris como a Aquiles, quienes murieron por su respectivo amado. Además, el Eros que posee al amante no sólo domina una relación de pareja, sino también una relación filial, o de amistad; y es capaz de dirigir al amante a morir por su amado, claro está, ambos en sentido amplio. Eros, entonces, es una fuerza que conduce a sacrificar la propia vida para que reine la divinidad.

Las dos caras de eros

Pausanias, el segundo hablante que pretende encomiar a Eros, advierte que este no es uno, sino dos entes. Eros, como dios del amor, está compuesto de dos caras. Una de las compañías de Eros es la diosa Afrodita, y como son dos las Afroditas, entonces existen dos Eros. Afrodita ha tenido dos nacimientos: el primero fue de los testículos cortados de Urano. Esta es la diosa más antigua y más venerable. El segundo nacimiento de la diosa fue fruto de la relación amorosa entre Zeus y Dione. Esta última Afrodita es menos venerada y, verdaderamente, más vulgar, llevando a cabo cualquier tipo de acción sin tener en cuenta su dirección. En este sentido, la primera Afrodita es denominada Urania, mientras que la segunda, Pandemo; y de la misma manera Eros, siendo el primer Uranio, y por esto, aquel dios presente en la cosmogonía y en el inicio del Cosmos, es decir, el más antiguo y venerado; mientras que el segundo Eros, el Pandemo, sería el más vulgar y el que habita entre los seres humanos, flechándolos a través de la forma corpórea propia de lo humano. El Eros Uranio, es quien procura la reunión a través de lo bueno, lo bello, existente en las almas.

Eros tiene una fuerza tan enormemente trascendental que evoca peligro para quienes no lo quieren sentir, ya que los actos que su presencia conlleva son altamente creativos en

beneficio de innumerables transformaciones de lo humano. La posesión de Eros produce una capacidad inagotable de creación en los seres humanos en los que se manifiesta, generando en ellos una posibilidad de actuar que, antes de ser poseídos por el dios, no tenían. Eros es un detonante de múltiples formas útiles que tienen la fuerza de activar el contenido instintual que cohabita con el arquetipo.

Eros, en sí, no puede ser bello, lo que es bello es a lo que se dirige. Las acciones que Eros posibilita entre los seres humanos que posee no se definen por el hecho de hacerlas, sino por el objeto que buscan. El obrar de los humanos dominados por Eros Pandemo se manifiesta de manera ligera, rápida, tangible, conducido a un acto sin premeditar las dimensiones de sus consecuencias; sin embargo, aunque la manera que los seres humanos usan para demostrar su amor parezca torpe o estúpida ante las demás personas, si el amor está dirigido a lo bello, entonces, pueden incluso jurar por los dioses y serán excusados; mientras que los mortales en tanto no aman como Eros funge, su amor no es apreciado ni valorado por los dioses, es decir, se dirige a lo feo, a lo malo. El amor dirigido a lo bello está siempre manifestándose a través de una trascendencia en aras de encontrarse con su propia alma, que ha sido recreada mediante un otro.

Por otra parte, cuando un amante se enamora del *cuerpo* de un amado, este amor es pasajero, débil, fugaz, momentáneo. El Eros allí se manifiesta fugaz, su flecha generadora de pánico entre los dioses y mortales se dirige sólo al cuerpo y deja de lado la posibilidad de aferrarse al alma, a lo perdurable de lo humano. El Eros que une las almas, por el contrario, se dirige a buscar aquello que el ser humano no conoce de su propia alma y, por ello, cuando aparece en otro, en unas ocasiones, atrae y se busca la vinculación, en otras, genera miedo. Eso se da al no saber que lo buscado en un otro es, efectivamente, aquello que se desconoce de sí mismo.

El amor de verdad, en el que Eros se manifiesta, es aquel que remite a un proceso de seducir o persuadir al otro mediante la conquista, en la que se pone a prueba tanto al amante como al amado.

Mediador entre opuestos

Erixímaco, el tercer exponente en el diálogo, advierte que Eros habita tanto en las almas de los hombres que buscan lo bello como en todas las cosas que se inclinan hacia otras. Por ello es por lo que Eros domina en el mundo de los inmortales, en lo recóndito del alma humana y en la unión de todo lo que existe.

Eros, comprendido como un ser que tiene una doble existencia, habita completamente en los cuerpos, tanto en forma de salud como de enfermedad, siendo el propiciar de la salud lo que se considera bello. Además, Eros no sólo se dirige a la bello del cuerpo, pues al coexistir de manera simultánea en ambos estados del cuerpo, tiene la capacidad de unir los opuestos haciéndolos dialogar entre sí, buscando el amor más hermoso. Por esto, Erixímaco señala que el buen médico es aquel que propicia la conexión entre la doble naturaleza de Eros, produciendo así salud. Cabe añadir que la presencia de Eros no sólo se liga a la medicina o a los cuerpos, también a la gimnasia, a la agricultura; pues encamina la unión entre los opuestos, es decir, Eros habita todo, nada escapa a su poder.

La conjunción que Eros hace de los opuestos, aunque en principio pueda parecer discordante ya que lo que une Eros al comienzo es distinto entre sí, al final de la unión, la belleza surge y nace la armonía; por ello, aunque Eros sea doble, siempre apunta a lo bello. El Eros que une lo discordante y lo hace ser armonioso es el Eros celeste, Uranio, el cosmogónico. El Eros Pandemo funge como regulador entre el amor de los humanos para que en ellos no habite el exceso sino la prudencia para disfrutar del acontecer de Eros sin enfermarse. Aunque se ha enfatizado en que la enfermedad es una parte que habita Eros y se encuentra en los humanos, también se hace necesario remarcar que ambos Eros, tanto el celeste como el vulgar, cohabitan en todo: en el universo, en la música, en las artes, en la medicina, y en todas éstas puede ser mesurado y armonioso, cuando el Eros uranio es el que articula la interrelación; pero cuando el Eros vulgar actúa sin prudencia, es factible la aparición de la enfermedad, las plagas en las cosechas, la discordancia en la música, y así en todo. No obstante, la cura de los males del cuerpo, del alma y del universo se produce

mediante la emergencia del Eros, siendo su finalidad allí comunicar entre sí a todos aquellos elementos discordantes.

Por otra parte, Eros funge como el que vincula a dioses con mortales permitiendo la comunicación entre ellos. Son los dioses quienes vigilan y regulan la presencia del Eros vulgar para que en los humanos y en todo lo que genere vida, habite la armonía como posibilidad de equilibrio.

Con la intervención que Erixímaco hace del amor, se incrementa el acontecer de Eros a lugares y cosas distintas en las que reina Afrodita; pues no sólo se dirige a la atracción sexual entre los seres humanos, sino también a la atracción que emerge entre las cosas, en las relaciones de familia, de amistad y de pasión como la posibilidad de realización del ser.

Comenzando el encomio a Eros por parte de Aristófanes, se advierte que el dios del amor, aunque sea el más filántropo de todos los dioses, no ha sido percatado por los hombres, así mismo, se desconoce el ritual necesario para otorgarle el lugar en importancia que ocupa entre éstos y aquéllos.

El mito del andrógino

Aristófanes advierte que en un principio existían tres sexos: el femenino, la tierra; el masculino, el sol, y el andrógino, la luna; siendo el último la composición de lo femenino y lo masculino. El cuerpo del andrógino tenía forma redonda, con cuatro manos, cuatro piernas y dos rostros, cuatro orejas y dos órganos sexuales.

Siendo el andrógino extraordinariamente poderoso y altamente orgulloso, llega al punto, incluso, de desafiar a los mismos dioses arriesgándose a subir al cielo a combatir a los sempiternos. Fue así como la presencia del andrógino en el Olimpo se convirtió en un problema para Zeus, pero éste intervino minimizando el poder del andrógino para lograr tener el dominio sobre él. En este proceso de restarle poder, Zeus dividió al andrógino en dos partes, y ordenó a Apolo que ubicara el rostro de cada uno de ellos de modo que se apreciaran frente a frente, con el fin de que cada una de las partes reconociera la otra que le

había sido desprendida. Esta separación se vuelve productiva, porque obliga a los mortales a estar en la búsqueda constante de aquello perdido, abrazándose y sufriendo por su separación, añorando la presencia de su otra parte. Zeus pasa a la parte delantera del cuerpo, de las dos mitades de los andróginos; luego, al compadecerse del dolor experimentado por los mortales, tras el cambio de la ubicación de los órganos sexuales de las dos partes escindidas del andrógino, Zeus permitió la generación entre ellos; pero si son dos hombres los que se encuentran, sólo pueden relacionarse con el fin de obtener satisfacción, pudiendo volver luego a sus actividades y descansar. De otro lado, la finalidad de Zeus al dividir los mortales y al permitirles la generación entre ellos, era la obtención de un mayor número de súplicas y sacrificios por parte de los humanos, ya que al multiplicarse éstos se incrementaban las alabanzas y, por ende, crecía el poder de los dioses en manos de los mortales.

Desde el momento de la división que Zeus hizo de los andróginos, el amor de las partes escindidas es innato y se encamina a recrear la antigua naturaleza humana. Por ello, cada ser humano, dividido como está, es un símbolo que da pasos queriendo encontrar su complemento para completarse, y he ahí la razón de los adúlteros. Cuando una de las mitades se encuentra con la parte que le fue arrebatada, aquella queda totalmente impactada por afecto, por afinidad y por amor, y no desea separarse de ella en ningún momento. El amor que emerge allí es el acompañado por Afrodita, pues vincula en la intimidad al andrógino dividido. Ese amor que nace, emerge, acontece, une tanto los cuerpos como las almas, y por ello su poder es tan grande que permite el enriquecimiento de las almas, en tal medida que se transforman en pro de la creatividad de la naturaleza humana. El Eros que habita en la psique humana se concertaría, entonces, con aquello que lo complementa, dando lugar a la armonía psíquica. Como la unión *amorosa* acontece tanto en el ámbito del cuerpo como en el ámbito de la psique, es decir, en la totalidad humana, no habría ninguna limitación de la capacidad creativa de Eros; su poder trasciende lo corpóreo, vinculando lo profundo con lo superficial, generando diversas e innumerables formas de crear. El verdadero amor se produciría cuando se encuentre la otra mitad, queriendo fundirse por

siempre en uno solo. “Amor es, en consecuencia, el nombre para el deseo y persecución de esta integridad” (Platón, 2008, p. 228).

En boca de Aristófanes, Platón escribe lo siguiente:

(...) me estoy refiriendo a todos, hombres y mujeres, cuando digo que nuestra raza solo podría llegar a ser plenamente feliz si lleváramos el amor a su culminación y cada uno encontraría el amado que le pertenece retornando a su antigua naturaleza. (Platón, 2008, p. 229).

El mito del andrógino y de su correspondiente división por Zeus, puede compararse con *la falta* freudiana que se instaura en la primera infancia. Apolo, es quien lleva a cabo la división del cuerpo por orden de Zeus; además, es quien propende porque cada mitad escindida se cerciore de la falta de su otra mitad; siendo la madre la mitad de la que se desprende el niño, tanto corpórea como psíquicamente, se convierte en su mitad restada. El infante, considerado en sentido amplio, añorará, anhelará volver a ser parte de esa otra mitad que le fue arrebatada mediante su nacimiento. Como remarca Spitz (1965), el amor existente en la relación infante-madre es, efectivamente, un egoísmo de dos. Sin embargo, la división del infante es comprendida en la psique como un corte que se produce de manera real, es decir, el infante deberá buscar durante toda su vida la mitad que le hace falta y comenzará una búsqueda incesante en un gran número de personas en las que él vera algunos rasgos representativos de esa madre, pensando que estas personas son importantes en un momento dado porque albergan una posibilidad, que realmente es una falacia, de volver a su antigua naturaleza, a saber, la restauración del estado natural del andrógino.

A pesar de la infatigable búsqueda que el individuo direcciona hacia su mitad perdida, con el propósito de encontrarse con el andrógino, fatalmente lo conducirá a hallar que la falta siempre estará inminentemente en su psique.

Por otra parte, en Jung, la división del andrógino no es concebida como una división real del cuerpo en el aparato psíquico del sujeto, sino que, por el contrario, incentiva la tendencia del alma a potenciar ciertos aspectos y hacerlos más diferenciados que otros.

En el ser humano, fundamentalmente en su psique, aunque también en su cuerpo, cohabita la doble naturaleza del andrógino. Lo que sucede es que la diferenciación de un aspecto sobre el otro, en este caso, el ánima y el animus, hace que se remarquen ciertos rasgos de uno de los dos, minimizando los otros aspectos no diferenciados, y esto da atisbos de una personalidad existente en el sujeto. En consecuencia, mientras más diferenciado se encuentre uno de los aspectos en la consciencia, mayor fuerza toma el elemento indiferenciado en la sombra. Como en el caso de Inana, que siendo la reina del Gran Arriba, se adorna con múltiples atavíos, los cuales dan cuenta de su reconocimiento, poder y valor en el mundo celeste que domina. Ella pretende descender al mundo del no retorno, ya que ha muerto el esposo de su hermana *gemela mayor* Ereshkigal. Lo que se pretende resaltar con este mito respecto a la postura junguiana, es que, aunque Inana es *hembra*, lo que la hace descender al reino del inframundo a visitar a su hermana es la muerte, en el reino de lo inconsciente, de *lo masculino*, de Gugalanna. Es extraño que siendo Inana una *mujer*, lo que impulse en ella el descenso al Hades sea la muerte de *lo masculino* en el reino del inframundo, para encontrarse allí con *lo femenino*. Pero como Inana, en el Gran Arriba, actúa de acuerdo con la función masculina, lo que puja en su sombra no es lo masculino, puesto que ya ella lo representa en su reino celestial, sino lo femenino que se simboliza en el encuentro con su hermana. Inana funge como la representación del andrógino simbólico que habita en la psique y en el cuerpo del ser humano.

Por diferentes razones, en la psique se hace consciente y volitiva una parte del andrógino, mientras que la otra habita en la sombra; no obstante, conserva su energía. Tanto que, en ciertas circunstancias de la vida, la mitad del andrógino que vive en lo inconsciente hace el llamado a que sea tomado en cuenta por la consciencia. Este llamado puede aparecer de manera abrupta, afectando la salud del sujeto que no puede controlar la emergencia de su sombra. Sin embargo, cuando la emergencia de lo inconsciente se propende con la ayuda de Eros y de Hermes, la función que se encuentra diferenciada en la consciencia negocia con su *gemelo mayor* emergido y la integridad se hace posible. Es decir, a diferencia de la concepción freudiana, en Jung, la mitad escindida no se encuentra

afuera de cada individuo, sino que habita dentro de él, pero le es desconocida hasta que alguien es investido de las características que permiten que tome forma para ser comprendida.

De igual forma que en Freud, los individuos también buscarán en múltiples personas aquella mitad arrebatada por Zeus, haciendo uso de la proyección de lo faltante en los otros. Pero, a partir de Jung, se hace posible que cada ser humano sí *encuentre* su mitad perdida; ya no afuera sino dentro de sí, como una parte que toma forma a través de un otro que renombra las características y cualidades que dan cuenta de ese otro ser oscuro que se ha puesto afuera como la sombra, y cuando cada sujeto tome consciencia de la totalidad que es, logrará la comprensión y la diferenciación, tanto del ánima como del animus, es decir, el retorno a la naturaleza andrógina. “...Eros es nostalgia y búsqueda de la unidad perdida, es decir, nostalgia de recuperar la naturaleza originaria” (Reale, 2004, p. 32).

...La atención consciente que una mujer tiene que conceder al problema de su ánimos probablemente requiere mucho tiempo y acarrea infinidad de sufrimientos. Pero si ella se da cuenta de quién y qué es su ánimos y qué hace con ella, y si ella se enfrenta con esas realidades en vez de dejarse poseer, su ánimos puede convertirse en un compañero interior inapreciable que la dota con las cualidades masculinas de iniciativa, arrojo, objetividad y sabiduría espiritual. (Jung, C., 1969, p. 194).

La grandiosidad y la bondad de eros

Más que exaltar las bondades que se hacen manifiestas en Eros, los personajes que participaron antes hablando, según Agatón, sólo le han dado relevancia a la manifestación de Eros en los hombres. Para Agatón, Eros es el dios potenciador de la justicia, la belleza, el amor, lo bueno y, en general, de todas las virtudes que dan cuenta de la bondad que habita en el alma humana, lo que ha dejado como consecuencia que sea a través de los hombres que se conciba al dios, dejando de lado su naturaleza propia, la cual trasciende lo corpóreo porque une, reúne, crea y recrea lo que ha sido dividido sin importar la razón o situación que ha generado tal división.

Eros es el dios más joven de todos, y por esto propende a juntar lo semejante, promoviendo la juventud y lozanía del alma en todos los seres. Además, Eros es delicado y sutil en su andar porque habita y mora en lo más profundo de los hombres y dioses: el alma. Eros, al buscar siempre su juventud, hace uso de la delicadeza que lo caracteriza, husmeando almas blandas que le posibiliten ampliar su concordancia con el fin de dar con una mejor vibración. Pues cuando a su paso encuentra almas duras, rígidas, pétreas, viejas, anquilosadas, huye, se aleja porque éstas contaminan e inhiben su manifestación potenciadora de la energía que a él lo habita.

En Eros, tras la elegancia, la delicadeza, las diferentes virtudes, es fundamental el espacio que ocupa la justicia, ya que es el dios que no permite ningún tipo de injusticia entre los hombres ni entre los dioses. Otra de las grandes facultades que habitan a Eros es su valentía, que le da fortaleza para confrontar a Ares y apoderarse de su fuerza y llegar a convertirse en el más valiente de todos los seres. El placer que produce Eros es incomparable frente a cualquier situación que experimente el alma humana, pues él provee la creatividad transformadora que conecta las almas, de tal manera que su presencia pone de manifiesto virtudes que antes no hubiesen sido ni siquiera imaginadas, y en tanto esto, posibles. Entre esas virtudes cabe pensar en las metáforas que enriquecen la poesía y transforman las certezas que constituyen el pensamiento científico. Es así como a través de la poesía toma forma el alma en lo humano.

En un principio, todo acto de los dioses obedecía a unas necesidades que los constituían; necesidades que al ser satisfechas generaban un bienestar que les permitía vivir como seres portadores de vida, mas no dándoles la posibilidad de que se manifestara emoción alguna en ella. Pero es con la presencia de Eros que estas necesidades trascienden el término mismo de ser necesidad para reunirse entre ellas, dinamizando toda relación con lo natural, con una mirada más profunda que vincule elementos de los cuales no se podrá tener ni siquiera la más mínima referencia de hacia dónde podrían conducir estas uniones; por esto, la presencia de Eros da origen a circunstancias impensables, que en cada caso,

siempre son y serán distintas, y por eso conllevan la connotación de ser creadoras y creativas.

Eros como guía hacía el conocimiento

Al llegar el turno de Sócrates para hacer su intervención, él comienza su discurso haciendo unas preguntas lógicas sobre Eros, para de alguna forma introducir a los asistentes en lo que será una crítica a sus afirmaciones y una aclaración de lo que en realidad es Eros.

Para Sócrates, en gran parte gracias a Diotima, quien le proporciona magnos conocimientos por medio de la dialógica entre la conciencia y el inconsciente, usando como intermediarios a Hermes y a Eros, donde Hermes es el umbral entre la conciencia y el inconsciente y Eros es quien acoge todo cuanto ha sido menoscabado en la conciencia por el inconsciente, abriendo con todo esto, otra posibilidad de la emergencia del alma en lo humano, Eros es un dios con vastas virtudes, es el que media entre dioses y humanos, entre todo lo natural, entendiéndose como natural la forma propia con que se manifiesta la emoción en los seres humanos dando paso a las distintas virtudes ya que Eros proporciona herramientas para reflexionar, atender, ser paciente frente a situaciones determinantes en la vida de los individuos, como lo son las mismas tragedias. Eros es la apertura del individuo al otro, a lo otro, que incluso, carece de palabras para nombrarlo. Eros reúne lo similar entre la conciencia y el inconsciente, pues ya Hermes⁴ se ha encargado de diferenciar entre una y otra instancia para que ellas encuentren las semejanzas mediante la facultad que permite Eros.

La diferencia entre un artesano y alguien demónico radica en que el primero practica un arte para elaborar algo externo a él, mientras que el segundo trabaja de manera prospectiva, es decir, se elabora al mismo tiempo que hace su trabajo, despierta la intuición acerca de todo cuanto le acontece; y es este el camino que lo conduce a la reunión con su alma.

⁴ Dejando claro que Hermes viaja o se transporta entre el Olimpo, la Tierra y el inframundo, sin importar si se encuentran separados entre sí.

Pues poco más o menos también yo le decía lo mismo que Agatón ahora a mí: que Eros era un gran dios y que lo era de las cosas bellas. Pero ella me refutaba con los mismos argumentos que yo a él: que, según mis propias palabras, no era ni bello ni bueno. (Platón, 2008, p. 31).

Eros es el intermedio entre el conocimiento y la ignorancia, lo que trae como consecuencia la vinculación, la unión y la reunión de todo lo que existe. Nunca Eros es pleno, siempre es ávido de dar con la plenitud que ansía y en aras de conseguir esa plenitud es que despliega su sabiduría.

Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues en esto precisamente es la ignorancia una cosa molesta: en que quien no es bello, ni bueno, ni inteligente, se cree a sí mismo que lo es suficientemente. Así, pues, el que no cree estar necesitado no desea tampoco lo que no cree necesitar. (Platón, 2008, p. 33)

Diotima señala que Eros no es el más frágil, por el contrario es duro, rígido, pero no por esto maléfico, pues Eros al tiempo que es duro y frío, está siempre ávido de conocimiento, de transformación. Este constante deseo por conocer es lo que mueve a mortales y deidades a relacionarse entre sí en busca de su alma. Por lo tanto, Eros no es necesariamente lo mismo que provee o propicia, es decir, Eros no es tanto la representación de lo bello, como sí de la búsqueda de lo hermoso; la importancia de Eros no radica en cómo es él, sino que lo que lo hace trascendental es su capacidad de propiciar y propender por el encuentro de los seres con lo más profundo de su alma, encuentro que se da gracias a un otro que sirve para asimilarlo como una forma de expresión sana a la que los individuos han renunciado ya que estas situaciones que se han convertido en hábitos niegan cualquier otra posibilidad, desertizando cada vez más la psique.

Alguien virtuoso ama el alma y desprecia el cuerpo, pues es en el alma donde se hace una representación del cuerpo y además, en donde se recrea la búsqueda de lo bello, lo bueno. El amor no es la simple relación entre humanos, el amor es estar siempre direccionado por lo virtuoso, lo sublime, es querer procrear sabiduría, arte y toda forma en la que se manifieste el alma, amor es querer preexistir y perdurar por siempre gracias a

ideas y actos. El amor es el deseo de perdurar de forma inmortal en la existencia, y para llegar a la inmortalidad, los humanos, al igual que los animales, lo han realizado desde la procreación donde adviene otro cuerpo, en el que además, habita un alma distinta poniendo en evidencia las mutaciones de las que son víctimas generación tras generación.

Eros es lo bello y lo feo, lo que es latente próximo a manifestarse, es el deseo, la lucha incesante de hacer que todo lo anteriormente nombrado esté siempre presente en el ser. Eros se manifiesta cuando se busca lo bello a pesar de no ser bellos, cuando se busca la inmortalidad aun sabiéndose mortales. Pero todo cambia, cambia el cuerpo y cambia el alma; y es por eso que en la búsqueda, lo más esencial del ser nunca será comprendido en su totalidad porque el conocimiento de las posturas científicas va en detrimento del encuentro con el alma ya que la ciencia sólo será posible en la medida en que los fenómenos se puedan convertir en algo manejable, tangible.

Los hábitos, los caracteres, opiniones, deseos, placeres, tristezas, temores, ninguna de estas cosas permanece la misma en cada individuo sino que unas nacen y otras mueren. Pero mucho más extraño todavía que esto es que también los conocimientos no solo nacen unos y mueren otros en nosotros, de modo que nunca somos los mismos ni siquiera en relación con los conocimientos sino que también le ocurre lo mismo a cada uno de ellos en particular. (Platón, 2008, p. 37)

Los seres humanos han puesto la inmortalidad de su alma en su descendencia coartando el proceso de evolución tanto de su propia alma como la del otro ser. Cada alma es distinta y lo corpóreo se va del alma; se sabe del alma a través del cuerpo, por ende, lo realmente inmortal son las ideas que permiten dar cuenta del cuerpo que, en todo caso, desaparecerá. Entonces lo que detona la presencia de Eros en lo humano es la urgencia de acceder a conocer su propia alma y no el cuerpo, pues el encuentro con el alma, el dar el atisbo del alma, es la verdadera procreación, porque este encuentro potencializa el hacer del cuerpo dirigido por un alma, por lo tanto, ha sido un equívoco pensar que a través de la procreación se llega a la creación, ya que el cuerpo es receptivo frente a cualquier

manifestación proveniente del alma para poder responder a ella; mientras que cuando se da como creación la descendencia emerge como una irrupción que se interpone entre el cuerpo y el alma de quien engendra, ya que lo engendrado se ve urgido de asistencia para encontrar su cuerpo y después de esto comenzar a buscar su alma.

En efecto, al estar en contacto, con lo bello y tener relación con ello, da a luz y procrea lo que desde hacía tiempo tenía concebido, no solo en su presencia, sino también recordándolo en su ausencia, y en común con el objeto bello ayuda a criar lo engendrado, de suerte que los de tal naturaleza mantienen entre si una comunidad mucho mayor que la de los hijos y una amistad más sólida, puesto que tienen en común hijos más bellos y más inmortales. Y todo el mundo preferiría para sí haber engendrado tales hijos en lugar de los humanos. (Platón, 2008, p. 39)

La belleza entonces, no está definida por unos rasgos socioculturales estandarizados, sino que más bien, ha sido determinada en cada individuo de acuerdo a las necesidades que se han hecho visibles a través del alma, por esto es posible decir que la belleza es distinta y que siempre va a estar en el alma de cada ser, lo que la convierte en una parte inherente a lo humano; luego el alma se manifiesta a través del otro que pone en evidencia esta belleza, pero ese otro no es un sólo cuerpo, sino que es el cúmulo de un sin número de organismos en donde reposan, además de los humanos, las plantas, los animales, la naturaleza, y todo cuanto permita construir la realidad de los mortales; y es a través de Eros que esta belleza enriquece las almas. Podríamos definir la belleza como el puente que genera la interacción entre estos cuerpos, estableciendo una comunidad entre él y todo su entorno, siendo tan valioso éste como lo que a él lo habita. La belleza de Eros está en recrear la diversidad que hay en cada cuerpo, avivando las facultades del encuentro de un alma con otras. Y este encuentro motiva a seguir, a continuar buscando muchas más almas que den la posibilidad de construir partes pequeñas de las almas, entonces, el alma siempre estaría en una constante creación, dada la interacción que se genera a través de la reunión con otros cuerpos poseedores de otras almas.

La belleza es la presencia del dios Eros que energiza el alma. Esta belleza es independiente del cuerpo, pues el cuerpo perece, pero al hacerlo, la belleza queda intacta, ya que dicha belleza no tiene una forma determinada, sino que se manifiesta en todo ámbito natural, interior o exterior. Y el acto mismo de la belleza es saberla como algo inmanente en cada cuerpo y direccionar el alma a la comprensión de cómo ella se manifiesta a través de los cuerpos. Es cuando se da este acto el momento más importante de lo humano porque la comprensión de éste supone la renuncia a querer manipularlo, entonces, allí aparece una nueva forma de vivir que sería la contemplación de un alma urgida de comprensión que permite disfrutar plenamente de la compañía del otro, dejando de lado las manipulaciones que interfieren en el intento por acceder a la nobleza, la belleza característica del alma.

El "orden", lo "definido y la "justa medida" son aquello que las diversas ciencias revelan, abriendo de tal modo *el horizonte del Bien y de lo Bello en el sentido más amplio, como estructura básica de la realidad en todos sus aspectos.* (Reale, G., 2004, p. 228)

Dejando a un lado al Dios del amor, se ahondará en los terrenos naturales de Pan, pues es con el dios cabra donde la naturaleza se hizo psíquica y comprende todo el ámbito del alma humana lo que podrá verse en un artículo posterior.

REFERENCIAS

- López-Pedraza, R. (2008). *Emociones: una lista*. Caracas, Venezuela: Festina Lente.
- Jung, C. G. (2009). Primera conferencia. En *La vida simbólica*. Obras Completas 18/1. (pp. 11 – 39). Madrid: Trotta.
- Jung, C. G. (1999). El influjo de lo inconsciente personal en la consciencia. En *Dos escritos sobre psicología analítica*. Obras Completas Vol. 7. (p. 145 – 157) Madrid: Trotta.
- Hillman, J. (1999). Uno/Personificar o imaginar cosas. En *Re-imaginar la Psicología*. (pp. 55 – 141). Madrid: Siruela.
- Reale, G. (2004). *Eros, demonio mediador. El juego de las máscaras en el Banquete de Platón*. Barcelona: Herder.

Platón (2008). *El Banquete*. Madrid: Gredos.

Spitz, R. (1965). *El primer año de vida del niño (Génesis de las relaciones objetales)*.

México: Fondo de Cultura Económica.